

García Santo-Tomás, Enrique. *Signos vitales. Procreación e imagen en la narrativa áurea*. Madrid/Frankfurt am Main, Iberoamericana/Vervuert, 2020, 364 pp.

FRANCISCO JAVIER ÁLVAREZ AMO

*Universidad de Córdoba*

ESTE NUEVO ENSAYO de Enrique García Santo-Tomás, igual que su *La musa refractada. Literatura y óptica en la España del Barroco* (Madrid/Frankfurt, Iberoamericana/Vervuert, 2015), es un buen ejemplo de la revitalización de los estudios en torno a los vínculos y relaciones entre Literatura y Ciencia durante el llamado Siglo de Oro castellano. Sin ánimo de hacer historia de la crítica, se podría sostener, quizás, que el renovado interés en la permeabilidad de las letras humanas del período clásico a los avances de la ciencia y la técnica contemporáneas podría remontar su origen a la reevaluación de la literatura castellana del Bajo Barroco, donde sería posible inscribir a Francisco Santos, autor que protagoniza el capítulo «Celebraciones», último del libro. Tradicionalmente, la literatura castellana posterior a las grandes luminarias del Barroco más estricto (Góngora, Lope, Quevedo) había sido etiquetada como epigonal y, en consecuencia, carente de interés. En tiempos recientes, sin embargo, ha comenzado a ser leída desde nuevas perspectivas, y el examen de los escritos de los llamados novatores, que vivieron y en bastantes casos publicaron a caballo entre los siglos XVII y XVIII ha contribuido a deshacer la imagen tópica del intelectual barroco, a quien se solía describir como integrista en lo religioso, reaccionario en lo político y, sobre todo, plegado sobre sí e ignorante, cuando no adversario implacable, de los progresos de la ciencia europea de su tiempo. Constituye mérito indiscutible del ensayo de García Santo-Tomás el propósito de aplicar retrospectivamente este enfoque, no solo a los novelistas y dra-

maturgos cumbre del Barroco, sino incluso a los hombres —y algunas mujeres— de letras del propio Renacimiento. Y es que el arco cronológico propuesto comprende los casi dos siglos exactos comprendidos entre 1500 y 1698.

La disciplina objeto de estudio no es, en esta ocasión, otra que la obstetricia, que presenta la particularidad de que fue tradicionalmente ejercida, de modo informal, por mujeres: parteras o comadres, en la primera acepción del diccionario académico, y nodrizas o amas (de leche o de cría), en la novena. Eran profesionales imprescindibles de valoración ambivalente. En virtud de su intimidad con las parturientas y de su control o mero conocimiento privilegiado de las circunstancias de la concepción y nacimiento de cualesquiera criaturas, suscitaban cierto recelo. De hecho, es posible reconstruir, a lo largo del Renacimiento, un deliberado proceso de masculinización de la profesión obstétrica que, sin embargo, jamás hubo de completarse: salvo cuando surgían complicaciones que requerían atención médica letrada, las mujeres eran, por lo común, quienes atendían los partos. Si bien hubo bastantes parteras o comadres que alcanzaron reputación excelsa, la vinculación de sus prácticas con algunos de los pluriempleados personajes femeninos de la serie celestinesca es bastante indicativa del velo de sospecha a través del cual eran contempladas las practicantes de las disciplinas relacionadas con el alumbramiento. La suspicacia afectaba no solo a quienes ofrecían sus servicios en el exacto momento del parto, sino que, más allá, se extendía a las amas de leche o de cría, procedentes a menudo de clases sociales no privilegiadas y grupos étnicos subordinados a los predominantes y capaces, de acuerdo con los puntos de vista contemporáneos, de contaminar, en lo moral y lo biológico, a las criaturas que les eran encomendadas. En una conferencia de García Lorca sobre la lírica popular, aún se sostenía, a comienzos del siglo pasado, que: «Estas nodrizas, juntamente con las criadas y otras sirvientas humildes, están realizando hace mucho tiempo la importantísima labor de llevar el

romance, la canción y el cuento a las casas de los aristócratas y los burgueses».

Las inquisiciones de García-Santo Tomás en torno a las apariciones de parteras y nodrizas en la novela y el drama de los Siglos de Oro demuestran que su papel en el discurso literario no era, en verdad, muy desemejante del que ostentaban en la España, y seguramente también la Europa, del momento. Se trataba, en ambos casos, de personas y personajes secundarios, si bien a la vez imprescindibles para canalizar el curso de los acontecimientos. De todas formas, y quizás aquí se encuentre la contribución más relevante del ensayo de García Santo-Tomás, es digno de mención el hecho de que el vocabulario relacionado con las prácticas obstétricas haya sido utilizado, desde fechas muy tempranas, para aludir a, y meditar sobre, los procesos de creación y divulgación del discurso literario. Los ejemplos que se podrían traer a colación son innúmeros; baste con remitir a «Intervenciones» (1580-1670), segunda sección del libro, y, a modo de ilustración, a las célebres palabras con que Cervantes alude a la originalidad de sus novelas cortas: «mi ingenio las engendró, y las parió mi pluma, y van creciendo en brazos de la estampa».

Son precisamente Miguel de Cervantes y dos de sus continuadores en el Seiscientos (Alonso Jerónimo de Salas Barbadillo y el menos frecuentado Francisco Santos) quienes protagonizan la tercera sección del ensayo, «Imágenes (1613-1698)», que se propone indagar en las representaciones de la procreación en la novela del siglo XVII. La aproximación de García Santo-Tomás es exhaustiva: deja testimonio de las apariciones de parteras y nodrizas, y de las circunstancias con ellas relacionadas, a lo largo de la trayectoria de los tres autores para, a continuación, elegir una contribución concreta de cada novelista y someterla a minucioso examen. Las piezas seleccionadas son *La señora Cornelia*, de Miguel de Cervantes, impresa junto con el resto de sus ejemplares en 1613; *Don Diego de noche* (1623), de Salas Barbadillo; y *La tarasca de parto en el mesón del infierno* (1672), de Francisco

Santos. *Don Diego de noche* «se considera una de las novelas de ambientación matritense más importantes del reinado de Felipe IV», según recuerda García Santo-Tomás en la página 25 de su ensayo. A pesar de ser, según el análisis del autor demuestra, muy representativas de las circunstancias ideológicas y sociales de los respectivos reinados de Felipe III y Carlos II, *La señora Cornelia* y *La tarasca del parto* gozaban, sin embargo, de menor estimación crítica. Es lugar común entre los cervantistas que *La señora Cornelia* se puede tener, de nuevo en palabras del autor, extraídas de la página 24 de su estudio, por «inferior a sus pares». Francisco Santos es, a su vez, según leemos en la página 274 del ensayo, un «narrador parcialmente olvidado», a quien García Santo-Tomás lee sin dejarse condicionar por las evaluaciones previas, que le habían etiquetado como escritor puritano sospechoso de plagios diversos.

Como todas las incursiones en campo inexplorado, el valor del ensayo de Enrique García Santo-Tomás, en cualquier caso, proviene no solo del trayecto efectivamente recorrido a lo largo de sus páginas, sino también de las nuevas y diferentes sendas de investigación que, en el análisis de las intersecciones entre el discurso médico y el propiamente literario, trata de promover. Tras leer el estudio, es menos probable que los especialistas pasen por alto las menciones de parteras y nodrizas, personajes ancilares pero también recurrentes, en la literatura de los Siglos de Oro. Asimismo, prestarán mayor atención a los usos metaliterarios del vocabulario relacionado con la concepción, el nacimiento y el puerperio, conscientes de la necesidad de desentrañar el sentido de construcciones aparentemente banales y lexicalizadas. El ensayo de García Santo-Tomás, en este sentido, puede denominarse, sin lugar a dudas, pionero.